

CINCO MITOS DEL QUINTO CENTENARIO

LUIS VITALE

EDICIONES C.E.L.A.
1992

**A ERNESTO GUEVARA en
el 25º aniversario de su
muerte en COMBATE**

Durante siglos se fabricaron mitos para justificar los intereses de los “vencedores”. Lo trágico es que han sido aceptados de manera acrítica por vastos sectores del pueblo. Dios mediante, influenciados por la educación impartida desde la escuela primaria. No por casualidad entre nosotros se ha glorificado a Barros Arana, Encina, Edwards, Eyzaguirre y otros, mientras se ignoran a Jobet, Segall y Ramírez Necochea.

Pero los forjadores de los mitos deben saber que los mestizos hemos asumido ¡al fin! Nuestra identidad. Estamos de pie aunque mil muros hayan caído.

Mito N° 1: *Que los españoles, guiados por Colón, descubrieron América.*

Para cualquier mente no ideologizada está claro –a la luz de las pruebas arqueológicas– que antes de la llegada de los españoles existían en nuestra América culturas milenarias. Si alguien la descubrió fueron los hombres que, provenientes del Asia, cruzaron el estrecho de Behring hace más de 50.000 años, bajando hasta el extremo sur chileno donde se han encontrado en Pali-Aike (canal del Beagle) restos humanos que datan de unos 10.000 años.

Posteriormente, hace unos 5.000 años, llegaron en canoas –por el Pacífico norte– navegantes originarios de la cultura Jomon (isla Kyushu, al sur de Japón) que con su cerámica influyeron a la Cultura Valdivia (Ecuador) y a otros pueblos originarios de la actual Colombia.

Se ha hablado de la llegada de los fenicios y vikingos a nuestras costas pero todavía no se ha podido demostrar esta hipótesis. En consecuencia, Colón no descubrió nada porque nuestra América ya estaba culturizada por los pueblos originarios. Si se esgrimió la palabra “descubrimiento” fue para justificar la conquista de territorios ricos en metales preciosos.

¿Por qué no se habló del descubrimiento del Asia luego del viaje de Marco Polo en el siglo XIII? La respuesta es que Europa –en relación a los avances de la cultura china– no estaba en condiciones de conquistar Asia. Maravillado, Marco Polo contó a su regreso el esplendor de la civilización china, razón por la cual a nadie se le ocurrió hablar de “descubrimiento”. En síntesis, el concepto de descubrimiento se utilizó recién en el siglo XVI por una razón cargada de contenido ideologizante: justificar la apropiación de metales preciosos. No por casualidad, Colón escribió en su diario –según Eduardo Galeano– 138 veces la palabra *oro*

Mito N°2: *Que el viejo mundo era la avanzada de la civilización y el nuevo mundo estaba en el salvajismo*

Detrás de este planteamiento está sin duda la concepción eurocéntrica de la historia que, vista desde el ángulo europeo, pudo hablar de Indias Occidentales y Orientales así como se visualizó en Asia el Cercano, Medio y Lejano Oriente. Con justa razón, los chinos hablaban de la lejana Europa. No siempre Europa fue el ombligo del mundo de la historia universal.

Indoamérica no fue Nuevo Mundo porque poseían culturas más antiguas que la de los que la invadieron. Nuestro neolítico fue tan antiguo como el de Europa occidental con cultivos incipientes en Teotihuacán que datan de 7.000 años a. C., y maíz cultivado hacia el 5.000 a.C., y en Chile restos agrícolas de 3.500 a.C. Pronto se abrieron paso las terrazas o andenes para regadío artificial, junto con un notable avance en cerámica y cestería. En cuanto a elaboración de metales, nuestras culturas originarias estaban en un grado de adelanto igual o superior al de los europeos del siglo XV, según John Murra.

El notable pintor alemán Albert Dürero fue uno de los primeros en reconocer el adelanto de nuestras culturas. En 1520, al observar los tesoros traídos por Hernán Cortes de México, escribió en su diario: “En mi vida he visto nada que haya regocijado tanto mi corazón como estas cosas. Pues he contemplado maravillosos objetos y me ha asombrado el genio sutil de los hombres de países extraños”. (H. Lechmann: *“Las culturas precolombinas”*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1965.)

Posteriormente, un científico europeo de la talla de E. Nordenkiöld manifestó: “Creo que debemos admitir que la contribución de los indios –como descubridores e inventores- al progreso cultural del hombre es considerable. Puede incluso sobrepasar a la de los pueblos teutónicos durante la era que precedió al descubrimiento de América. Es hecho comprobado que los indios habían logrado muchos descubrimientos e invenciones que en los tiempos precolombinos eran desconocidos en el Viejo Mundo” (citado por A. Toynbee: *“Estudio de la historia”*, Emecé, Buenos Aires 1951). Nuestras culturas originarias conocían todas las aleaciones de metales, con excepción del hierro, llegando a utilizar hornos de fundición llamados “huairas”, como lo han probado los estudios de Bargalló, Rivet, Arsandaux sobre minería y metalurgia indoamericanas. Adelantos tecnológicos que aprovecharon los españoles más retrasados en la minería que los indoamericanos, como lo dijo Garcilaso de la Vega.

En indoamérica se inició tempranamente una revolución urbana, con ciudades como Teotihuacán, cerca de medio millón de habitantes, el Cuzco y Lubaatún (Imperio Maya) con 50.000, superando con creces la población de Atenas en su máximo esplendor bajo Pericles. En el momento de la invasión española, las dos ciudades más grandes del mundo eran Pekín y.. nuestra Teotihuacán. Y todo esto sin afectar los ecosistemas naturales, con los cuales la sociedad seguía manteniendo plena armonía. Esa relación permitió a sus habitantes enriquecer su cosmovisión y detectar centros de energía como los que vimos cerca de Ciudad de México en Cochasquí, al norte de Quito. Los mayas descubrieron un calendario tanto o más preciso que el egipcio y juliano del imperio romano. También crearon el número cero, que recién fue incorporado a Europa occidental a través de los árabes.

¿Qué era el tan mentado Viejo Mundo?

Comenzaremos por España. Colonizada por los iberos y luego por los celtas y, en menor medida, por los fenicios, griegos y cartagineses fue convertida en colonia del Imperio Romano desde el siglo II a.C. hasta nuestra era. A la caída del Imperio Romano fue invadida por los “bárbaros” visigodos, que no comprendieron los avances culturales de un Isidoro de Sevilla. A partir del siglo VII, España fue de hecho una colonia del Imperio musulmán hasta el siglo XIV, poco menos de una centuria anterior al viaje de Colón. Los españoles conocieron recién a grandes pensadores árabes como Ibn Jaldún, Averroes y Avisena, portadores del pensamiento aristotélico, menospreciado por la Iglesia, que al fin tuvo que aceptarlo a medias a través de Tomás de Aquino. En suma, la España que nos conquistó había 7 siglos colonia de Roma del imperio musulmán.

Ni qué hablar del atraso de Inglaterra. Colonia del Imperio Romano, de los siglos II al V, fue luego dominada por los piratas sajones que no se caracterizaban precisamente por su cultura. Inglaterra gateaba en la historia cuando fue invadida en el siglo XI por los normandos de Guillermo I, el Conquistador. Ahí se inició un proceso de culturización que se consolidó con

la aprobación de la Carta magna en 1215, base de instituciones liberales como el Parlamento. Al vencer a Francia en la Guerra de los Cien años (1337 – 1453). Inglaterra pavimentó el camino que la transformó en pocos siglos en uno de los imperios coloniales más grandes de la historia. En todo caso, no se podría hablar de una Inglaterra del Viejo Mundo, cuando su despegue comenzó sólo dos siglos y medio antes del viaje de Colón. De su período anterior, no existe ningún vestigio arqueológico que permita decir que la Inglaterra era más “vieja” y avanzada que nuestras culturas originarias. En rigor de verdad, debería ser incluida en el grupo de naciones del joven o “Nuevo Mundo”.

Lo mismo cabe decir de la orgullosa Alemania, fragmentada en condados y ducados, que recién se unificarían en una sola nación en 1870, bajo el gobierno autoritario de Bismarck. Este territorio que sólo tienen un poco más de un siglo como Estado-Nación, no fue precisamente cuna de expresiones culturales superiores a las de los indoamericanos. Alemania, Inglaterra, Francia, no pudieron contemplar la belleza de un Machu-Pichu y menos de las pirámides del Sol y de la Luna de nuestro Teotihuacán.

Si aprendieron algo fue gracias a los egipcios, chinos, sumerios y árabes, que desde el siglo VII al XIV fueron avanzadas de la civilización en el hemisferio norte. Dieron un impulso inusitado al comercio, mientras el resto de Europa vivía bajo un régimen feudal de economía cuasi-natural. Portadores de la pólvora, la imprenta, la brújula y el papel –descubiertos por los chinos, que eran el verdadero Viejo Mundo junto a la India- los árabes aportaron a Europa el cero y el sistema hidráulico de regadío y canalización más desarrollado, según lo demostró Marx en el tomo I, volumen I, p.565 de “*El capital*”.

Gracias a la prolongada ocupación musulmana, España tuvo un feudalismo *sui-generis*, distinto al de otras regiones de Europa, en transición al capitalismo mercantilista incipiente luego de la expulsión de los moros, de los judíos y de los gitanos, bajo el autoritarismo del Estado nacional monárquico uno de los primeros en Europa junto con Francia e Inglaterra, al decir de Maquiavelo en “*El Príncipe*”.

Mito N°3: *El día de la Raza*

No está claro si los españoles recurrieron a la zoología para difundir el concepto de raza, de inequívoca inspiración etnocéntrica. En todo caso, lo utilizaron al calificarse de “subhumanos” a nuestros aborígenes, asociando arbitrariamente el color de la piel con las facultades síquicas.

Así era fácil la sed de riquezas y nombre de una supuesta raza superior. Colón escribía en 1503 a la reina Isabel: “*Con oro hasta se hacen entrar las almas al paraíso*”. ¡Cómo para hacer ruborizar a los frailes empeñados en la cruzada de evangelización! Al parecer, el actual Papa polaco –tan político- ha perdido la memoria histórica porque continúa celebrando los quinientos años de evangelización sin mencionar para nada que dicha campaña de “esa celestina universal” que es el oro, como dijera Shakespeare.

El conocido genocidio de millones de indígenas bajo el signo de la cruz y la espada, a los cuales habría que agregar la pólvora, las armas de fuego y –por qué no decirlo- el falo para consumir una de las mayores violaciones de la historia. Esta violencia contra la mujer también se hizo en el nombre de la “raza superior”, mentira que a partir de 1810 fue repetida por la clase dominante criolla para arrebatarles a los pueblos originarios las tierras que aún les quedaban en el siglo XIX, alegando –como se hizo con la llamada “pacificación de la Araucanía”- que así lo demandaba el progreso (léase expansión capitalista de la frontera interior o, en términos marxistas, ampliación de la renta absoluta de la tierra)

Una vez consolidado el Estado nacional, las burguesías latinoamericanas se aprestaron a celebrar el Día de la Raza a fines del siglo XIX. Argentina se oficializó el 12 de octubre de 1892, curiosamente el mismo año en que José Martí fundaba el Partido Revolucionario Cubano para iniciar la segunda guerra de la Independencia contra España.

La instauración oficial del Día de la Raza coincidió, no por casualidad, con la primera celebración del Centenario –en este caso el IV- del “descubrimiento” de América. (En 1792 todavía éramos colonia). Este primer festejo de un Centenario fue el resultado de una ofensiva

hispanófila que reclutó a- como siempre- intelectuales criollos que se encargaron de ideologizar este acercamiento a España. Afirmación –como lo sistematizó más tarde Jaime Eyzaguirre- que la Independencia latinoamericana tuvo como base la “tradicción jurídica” española, según la cual; derrocada la monarquía por Napoleón, la autoridad volvía al pueblo ya que el poder de los reyes había sido generada por el pueblo (J. Eyzaguirre: “Ideario y ruta de la emancipación chilena, Stgo. 1957).

Basta leer las opiniones de Eyzaguirre sobre los mapuches para darse cuenta del racismo hispanófilo que corre por sus venas castellano-vascas. Sus maestros fueron los racistas Hume y el conde de Gobineau. Hegel, autor de la tesis de “los pueblos sin historia”, llegó a opinar que “sólo en América existen salvajes tan torpes e idiotas como los fueguinos y los esquimales”. Si un filósofo de la envergadura de Hegel se equivocó al diagnosticar, con criterio eurocéntrico, que la historia culminaba en el Estado alemán, es de imaginar el destino que espera al sentencioso Kukuluyama con su “teoría” del fin de la historia o culminación de ella en el sistema “neoliberal” (léase capital monopólico transnacional)

No hay un fin de la historia, que tampoco se acabará con el comunismo como lo pregonaron teológicamente ciertos manuales hoy en el invernadero.

Detrás del telón de fondo del IV Centenario en 1892 estaban los intereses comerciales de la monarquía española que deseaba disputarle los mercados latinoamericanos –otrora suyos- a Inglaterra, Francia y Estados Unidos, en cuya mira estaban el azúcar cubano y puertorriqueño, por entonces todavía colonias de España.

Es sugerente que ahora la parafernalia montada en torno al V Centenario tenga parecida finalidad: convertir a España en la cabecera de puente para que las burguesías latinoamericanas puedan entrar con facilidades aduaneras en el Mercado Común Europeo.

Finalmente, para cerrar este acápite sobre la “raza”, un interrogante: ¿Qué diferencia cualitativas existen entre la masacre de 6 millones de judíos ordenada por Hitler y el genocidio de aproximadamente 40 millones de personas de nuestros pueblos originarios cometido por los militares españoles y ordenado por la monarquía de Fernando e Isabel la Católica?.

Mito N°4: *La Madre Patria.*

¿A quién se le pudo ocurrir que sea “madre patria” la que exterminó al 75 % de la población aborigen, desarraigó a 10 millones de negros y explotó sin piedad a millones de mestizos? Ni siquiera fue “madre patria” para los criollos que tuvieron que enfrentar a España en la lucha por la Independencia.

Estas elites –que empezaron con el ideal bolivariano de construir una patria grande y terminaron en “patrias chicas”- fueron precisamente las que a fines del siglo pasado comenzaron a levantar el mito de la “madre patria” con la intención de limar las asperezas de la guerra de la Independencia para reiniciar el intercambio comercial con España.

Curiosa analogía histórica: ahora, 1992, con los jugosos negocios prometidos a los gobiernos latinoamericanos por el gobierno español –más liberal que socialdemócrata- no sería raro que nuestros gobernantes encuentren ya no sólo una madre patria edípica sino un padre que podría proveer abundantes divisas para atenuar la extrema pobreza de estos millones de “rotos”

Mito N°5: *Que América latina se incorporó a la modernidad con la colonización europea.*

Comenzaremos con una afirmación que puede ser discutible: el concepto de modernidad es eurocéntrico, elaborado en función del modelo de desarrollo europeo. Dos: no existe “la” modernidad sino varias modernidades y variadas formas de expresarlas. Tres: modernidad significa, desde el punto de vista del desarrollo capitalista, apertura del comercio mundial y revolución industrial. “La biografía *moderna* del capital –decía Marx- se abre en el siglo XVI con el comercio y mercado mundiales”. La monarquía española fue parte activa de este proceso al ampliar el comercio con la conquista de América, cuyos metales contribuyeron de manera decisiva a la acumulación originaria de capital.

Veamos cómo se expresó esta modernidad eurocéntrica en nuestra América. Si ella significa deterioro ecológico, indudablemente que fuimos incorporados a través de la

colonización española u portuguesa que devastó nuestra flora y fauna, generadas en 500 millones de años, en aras de la economía de exportación. Si por modernismo se entiende régimen patriarcal consolidado, entonces los indoamericanos no eran modernos porque, como lo atestiguó el cronista Cieza de León, en Quito y en el Cuzco “las mujeres son las que labran los campos y benefician las tierras y mieses y los maridos hilan y tejen y se ocupan de la ropa”. Si por modernidad se entiende propiedad privada generalizada de los medios de producción, entonces por suerte nuestros aborígenes no eran modernos porque trabajaban la tierra que colectivamente poseían, al decir del cronista español Pedro Mártir: “Es cosa averiguada que aquellos indígenas poseen un común la tierra, como la luz del sol y el agua, y desconocen las palabras ‘tuyo’ y ‘mío’.

Si por modernidad se entiende imponer un Dios único –que además castiga- entonces la gente de nuestra tierra justificadamente lo rechazó, manteniendo su cosmovisión con dioses representativos de su armónica relación con la naturaleza.

Si para los españoles la modernidad se expresaba en gobiernos monárquicos, entonces los indoamericanos, para bien, nunca fueron modernos porque tenían una concepción democrática de generación del poder a través de asambleas que elegían caciques, fenómeno reconocido por el cronista Fernández Oviedo en su “*Historia general y natural de las indias*”: “las autoridades eran nombradas por comunidades regidas por senadores o asambleas de ancianos, hombres venerados, escogidos mediante votación”.

Mientras para los siglos 17, 18 y 19 la modernidad significó libre competencia y libre comercio, para el presente la postmodernidad representa la hegemonía del capital monopólico llevado a su máxima expresión transnacional. Entonces, debemos reconocer que aquí algo anda mal respecto de la significación conceptual porque no puede ser que una misma palabra –modernidad- tenga dos contenidos distintos y contradictorios, por más “post” que se ponga: libre competencia y monopolio.

Para los románticos del siglo XIX, modernidad fue un movimiento de la razón crítica para luchar por la justicia y la libertad, como afirma Michael Lowy. Si releyéramos las páginas de Heine, Flora Tristán, Fourier, Lamartine, el joven Víctor Hugo y otros posteriores, como Rimbaud, comprenderíamos que sus críticas al modernismo decimonónico son fuente de inspiración para nuestras críticas al postmodernismo.

El modernismo literario de Rubén Darío –amigo de otro buen modernista nuestro, Balmaceda- era muy distinto del modernismo conservador de fin de siglo, preconizado por la corriente hispanófila. Como también fue distinto el modernismo crítico romántico de Arcos y Bilbao al de los ideólogos de la modernista y autoritaria era de Portales y Montt. Estas mismas corrientes modernistas romántico, utopistas y conservadoras, se repetirán en el siglo XX chileno con el conservador modernista Alberto Edwards y el relevante romántico surrealista Vicente Huidobro, contemporáneo del marxista más romántico de América Latina: José Carlos Mariátegui. Cabe preguntarse: si allende fue un romántico del cambio social, ¿quién fue entre 1970 –73 el conservador postmodernista?

En síntesis, fuimos desde el siglo XVI colonizados e integrados a la modernidad sin ser nunca estrictamente modernos, pues no despegamos industrialmente a causa del pacto neocolonial del siglo XIX celebrado entre la burguesía criolla y la europea, que se comprometió a comprar nuestros productos agropecuarios y mineros a cambio de permitirles la entrada indiscriminada de artículos manufacturados. Ahora, justo ahora, el V centenario, resulta que por estar incorporados, vía transnacionales, a la economía mundial y antisocial de mercado, en un nuevo pacto neocolonial, somos postmodernos o a punto de serlo si cumplimos las recetas del Fondo Monetario Internacional.

NOTA: Las críticas a España están dirigidas a sus clases dominantes y no al pueblo español, a los catalanes, vascos, andaluces y de otras nacionalidades peninsulares. Para ellos, que jugaron como Viriato en defensa de su pueblo invadido por las legiones romanas, que durante 7 siglos resistieron la ocupación musulmana y más tarde engrosaron las filas de la guerrilla popular para batir a Napoleón y al ejército más poderoso de entonces. Para ellos, y

muy especialmente para los combatientes de la República, de Julian Grimau a Buenaventura Durruty y Andrés Nin, vaya nuestro saludo fraterno.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enriquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.